





José Ruiz Miranda

LEÓN en los días  
de la lucha  
por la INDEPENDENCIA

Esta edición que conmemora  
el Bicentenario del inicio  
de la Independencia de México  
vio la luz gracias al apoyo del  
Instituto Oviedo.





# ***Leer León***

*Divulga las letras,  
la historia, las ideas y el arte del Bajío  
en ediciones de precio popular.*

SERIE AZUL

Historia

GRUPO OCHOCIENTOS

División editorial

## **LEÓN EN LOS DÍAS DE LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA**

Primera edición, 2010

D. R. © 2010, Angélica Ruiz Miranda Villalobos

D. R. © 2010, Grupo *Ocbocientos*,

Blvd. Palma de Mallorca #308, Col. Satélite,  
León, Gto. México. C.P. 37400.

Apdo. Postal 1-1307.

Tel. móvil (045-477) 196-8925

cartas@grupoochocientos.com

www.grupoochocientos.com

Comentarios y sugerencias: editor@grupoochocientos.com

Diseño y coordinación editorial: Constancio *librero* Ulises *editor*

Portada: *Hidalgo*, de José Chávez Morado, técnica Mixta/  
papel, 17x12.7, s/f; a partir de una fotografía de Aldo Ángel,  
Col. Instituto Oviedo.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Impreso y hecho en México.

# PRESENTACIÓN

«PROFUNDIDAD Y RAIGAMBRE, LEÓN TIENE un suelo y un cielo de poesía: símbolo de su raíz que trasciende a la grandeza y excelencia», apunta en su *Raíz y trasunto de León* don Antonio Pompa y Pompa célebre bibliotecario e historiador guanajuatense.

La síntesis del historiador por supuesto recalca en la “extensión” de la palabra pues al comprenderla, a su manera, el poeta José Ruiz Miranda (1889-1970) nos recuerda el día en que los historiadores dejaron blancos en sus escritos.

Entonces a partir de matices y circunstancias Ruiz Miranda revisa *hechos históricos* (léase *hechos psicológicos*) de León en los días de la lucha por la Independencia y nos avisa de las alternativas de pelea.

Su historia marca destinos humanos que transitan desde la subordinación a la Corona de España para itinerar después por las Conjuraciones, de Valladolid y Querétaro, luego desembocar en el Grito de Dolores y llegar

a la lucha fratricida que se resolverá en casi una década con la consumación de la Independencia de México.

Puesto que la Historia no se detiene, al poner a la disposición de los lectores el texto ruizmirandiano, abogamos por el intercambio de valores y sobre todo la admiración ante la voluntad de independencia y libertad de los mexicanos.

Lo anterior en aras de conmemorar, a 200 años, el inicio de la gesta independentista y de paso abonarle al SOL de la libertad que da vida por tierra y por mar a nuestra Patria mexicana.

LOS EDITORES.

# LIMINAR

LOS MIEMBROS DEL CLUB ROTARIO DE esta ciudad, han formado, según me fué dicho, varios programas culturales para sus reuniones. Para éstas, que son comidas semanales, han invitado a varias personas para que los acompañen a la mesa, y, a los postres, sustenten una “CHARLA” sobre un tema determinado. Se me hizo el honor de invitarme para una de esas comidas y se me pidió que hablara sobre “LEÓN EN LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA”. Acepté la invitación, pero hube de modificar el tema en esta forma: “LEÓN EN LOS DÍAS DE LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA”, a causa de que no encontré material suficiente para un tema como el que se me proponía. Y, parte por el carácter de “charla” que se daba al trabajo solicitado, y parte, porque mis ocupaciones habituales no me dejan tiempo para un trabajo de mayor hondura, produje las líneas que forman este folleto, cuyo fin es simplemente de divulgación histórica.

Bien poco, además, podría agregar un nuevo trabajo de investigación, a la ya realizada. Las obras de Historia Nacional, apenas si mencionan a León en algunos sucesos secundarios en la gloriosa época de la Independencia, y los archivos locales han sido consultados y han aportado los datos que en pequeñas obras se consigna, especialmente en las *Efemérides* de J. Sóstenes Lira, cuya segunda edición, de 1914, está agotada.

La modestia, pues, del trabajo, no disminuye el interés histórico de los datos ofrecidos, y ésto fué, sin duda alguna, lo que movió al Club Rotario a decidir su publicación. Ojalá que tan loable propósito se haga extensivo a los otros trabajos a que han dado lugar sus programas, pues sería muy valiosa esa aportación a la cultura de la ciudad.

León, diciembre de 1941.

José Ruiz Miranda.

## Señores:

ESTIMO Y AGRADEZCO EL HONOR QUE SE ME concede al invitárseme a una de las reuniones semanales del Club de Rotarios de esta ciudad, para que hable sobre “León en las luchas por la Independencia”. Sólo el hecho de sentirme honrado con esa invitación me movió a aceptarla, pues el trabajo que se me encomienda es de suyo bastante difícil, y lo es más, habida cuenta de mi modesta capacidad y del brevísimo tiempo de que dispongo para mis aficiones literarias.

Si el objeto de quienes me invitaron es que haga yo resaltar la participación de León en la epopeya, de la Independencia de México, mucho me temo que van a quedar defraudadas sus esperanzas. Dentro del medio y dadas las circunstancias de la época, la constitución etnográfica de la escasa población de este lugar, los tres siglos de coloniaje, etc., etc., León se vio envuelto en el torbellino de aquellas luchas, presentando a veces el aspecto de un pueblo insubordina-

do que vibraba agitado por las noticias de acontecimientos de gran importancia que se verificaban en lugares muy cercanos, como Dolores, Guanajuato y otros; a veces era la provincia sumisa y fiel que ahogaba todo grito de rebeldía y todo síntoma que denotara complacencia, para la insurrección. Las campanas de los templos fueron echadas a vuelo muchas veces para celebrar triunfos de las armas insurgentes, y otras tantas para demostrar júbilo por haber sido derrotados estos por los realistas.

Y no es que los habitantes de León tuvieran la volubilidad de aceptar una causa hoy y otra mañana, sino que la población española, en su mayor parte, casi en su totalidad, así como casi toda la población de criollos y mestizos, tenían como sagrada la causa de la subordinación del país a la Corona de España; en tanto que el resto, formado por algunos españoles, criollos, mestizos y la gran mayoría de los indios, simpatizaban con la Independencia. Ello era lógico y natural, y lógico y natural, también, que exteriorizaran sus sentimientos al conocer las alternativas de la lucha.

En los últimos años del siglo XVIII, ha-

bía en León una población de 9,365 habitantes, distribuidos, según una curiosa relación del Administrador de Alcabalas, como sigue: gente de razón, 1,585; indios, 378; de otras castas, 3,544. Además, en el pueblo del Coecillo, 2,472 indios y 1,386 en el de San Miguel. Preponderaba, sin duda alguna, el elemento autóctono, por su número; pero dominaba el elemento español, por la incontrastable razón de la conquista, que había puesto en sus manos los bienes, el gobierno y la educación del pueblo.

Debe tomarse muy en cuenta que la rebelión a la Corona era considerada como un gravísimo delito, tanto por las autoridades civiles como por las eclesiásticas, al extremo de que el famoso Obispo electo de Valladolid, hoy Morelia, don Manuel Abad y Queipo, fulminó excomunión para todos los insurgentes.

Sabido es que de tiempo atrás venía desarrollándose, en forma velada primero, y casi a la luz pública, después, el ansia de independencia, que no pudo ser contrarrestada en los últimos años de la Colonia, por la anarquía que reinaba en la Metrópoli, y por la torpeza de los últimos mandatarios

de España, que no estuvieron a la altura de su deber. Recuérdese la caída del Virrey don José de Iturrigaray, tramada por el partido español, quien públicamente la atribuyó al pueblo, con lo que éste, según un agudo comentario, sabedor de que él no había tomado parte en la conjura, aprendió de labios de sus dominadores, que él era soberano. Y recuérdese, también, que esta teoría expuesta en esos días aciagos por don Francisco Primo de Verdad, fué duramente combatida y condenada.

Los acontecimientos del 15 y 16 de septiembre de 1808, con su enorme resonancia; las conjuras de Valladolid y de Querétaro; el hecho comprobado que desde ese año estaban ya en contacto y preparaban la sublevación el Cura Hidalgo, don Ignacio Allende y otros destacados insurgentes, estaban demostrando que en la Nueva España existía ya una honda perturbación y se desenvolvía un movimiento que más tarde sería incontenible. A esto debe agregarse que las noticias tremendas que llegaban de la Madre Patria, por entonces en un verdadero caos; la desastrosa situación en que se encontraba Fernando VII, a quien se había pomposamente

jurado fidelidad, muy a pesar de las vacilaciones de los partidos en pugna, y una serie de pequeños incidentes con todo lo anterior relacionados, hacían que la población, y más aún, las autoridades, vivieran unos días de penoso sobresalto.

Así es que las noticias del Grito de Dolores, causaron en la Villa una conmoción intensa. El estupor y el pánico hizo presa de autoridades y de españoles acaudalados; al mismo tiempo que el pueblo comenzó a agitarse sordamente. En aquellos momentos, o sea el 21 de septiembre, llegaron a esta Villa el Conde de Pérez Gálvez, Coronel del Regimiento de Dragones del Príncipe, y don Manuel García de Quintana, Teniente Coronel y Comandante del Batallón Provisional de Infantería, que se encontraban en Guanajuato. Dícese que abandonaron sus puestos al tener noticias de que las huestes de Hidalgo se dirigían al antiguo Real de Minas de Santa Fé, al que consideraban en las peores condiciones para ser defendido. En otra fuente histórica encuentro el dato de que Quintana se hallaba en esta Villa enfermo; pero considero más aceptable la primera versión, porque parece comprobado que

en Guanajuato quedó la esposa de este militar realista, quien seguramente le hubiera acompañado en León, si con anterioridad y por enfermedad aquí hubiera estado.

Al día siguiente de la llegada de los realistas mencionados, el Intendente de Guanajuato, don Juan Antonio de Riaño, se dirigía premiosamente al Subdelegado de esta Villa dándole instrucciones para la defensa de la misma en el caso de que fuese atacada por los rebeldes.

Las noticias que muy pronto llegaron del ataque a Guanajuato, por los insurgentes al mando directo del Caudillo Hidalgo exagerando los detalles de suyo tremendos, de la sangrienta toma de la Alhóndiga de Granaditas, causaron en los habitantes diferentes impresiones. Los europeos y quienes participaban de sus ideas, opiniones e intereses, quedaron sobrecogidas de pánico, en tanto que entre el pueblo comenzó a fermentar la rebelión y comenzaron a desarrollarse sordamente los anhelos de venganza. Pronto, por tanto, comenzaron los disturbios y desmanes del populacho, los ataques y saqueos a las casas de los españoles y otros excesos, que hicieron huir precipitadamente a las au-

toridades, dando lugar al nombramiento de don José Ramón de Hoyos para el cargo de Subdelegado, y del Capitán don José Rafael de Iriarte, para imponer el orden. Estos nombramientos fueron hechos desde Guanajuato por el propio Hidalgo. Los ya nombrados publicaron un bando, con fecha 6 de octubre, previniendo a los habitantes que deberían respetar a los jueces, jefes y comisionados, y abstenerse de causar daño a las casas particulares, haciendas y sembrados.

Permitidme un pequeño paréntesis. Yo no soy, señores, de los que hablan de tres siglos de esclavitud, de opresión y de sombras; yo no soy de los que se vuelven contra la Madre Patria para culparla de habernos tenido sumidos en la ignorancia y haber provocado con sus desmanes el estallido de Dolores que muy pronto abarcó a toda la Nueva España. Al hablar sobre las luchas por la Independencia de nuestra Patria, al enaltecer a nuestros héroes, al cantar nuestras gloriosas epopeyas, no es necesario maldecir la sangre que llevamos en nuestras venas, ni la civilización cristiana que España nos dio y que felizmente perdura. Yo creo que la independencia de los pueblos es como la de los indi-

viduos: cuando éstos llegan a la mayoría de edad, se emancipan y forman hogares nuevos. Que canten la delicia de su nueva vida; pero que no maldigan a sus padres, ya que jamás podrán borrar de sí sus rasgos fisonómicos, ni arrancarse el alma que de ellos recibieron.

México tenía que ser libre y grande; así estaba escrito. Había sonado la hora de la Independencia y ésta vino en forma cruenta. También de España heredamos ese carácter belicoso y resuelto, y no debemos pasar por alto que la inmensa mayoría de los jefes insurgentes eran criollos, es decir, hijos de españoles, y no pocos de éstos empuñaron las armas en defensa de la Independencia de la Nueva España.

La Madre Patria, a pesar de su angustiosa situación, a pesar de los dolorosos días de prueba que estaba pasando, sintió los dolores del desgarramiento y tenía que defender a su hija predilecta que trataba de emanciparse: era su sangre, la sangre que generosamente había vertido a raudales en tierra americana... Y surgió la lucha titánica y despiadada. Yo me explico que en aquellos momentos inolvidables hayan surgido

incontenibles los odios, las crueldades y las venganzas, por uno y por otro bando. Pero creo que a más de un siglo de distancia, deben verse con serenidad estas gestas.

Para no ir más lejos, si son reprobables los excesos cometidos en la hecatombe de Granaditas, no lo son menos, los que más tarde cometió Calleja. Y si nadie es capaz de justificar unos ni otros, es fuerza explicarlos por las circunstancias todas que en aquellos dolorosos días concurrieron. Quienes hemos tenido la buena o mala suerte de presenciar los últimos acontecimientos revolucionarios de nuestra Patria, nos explicamos más fácilmente aquellos excesos, cometidos al calor de una lucha intensa, cuyos caudillos tenían la convicción de obrar en cumplimiento del más sagrado de los deberes.

La filosofía de la historia debe hacernos ver con toda claridad, que al romper las cadenas que nos unían a España, cumpliendo de esa manera nuestro destino, debemos examinar sin pasión, el balance de la dominación española y reconocer lealmente el inmenso saldo que resulta a favor de la Madre Patria.

León, pues, fué sacudido por la insurrec-